

Editorial

LOS MILLONARIOS festejos del centenario de la Toma de Zacatecas que recuerdan la ocupación armada por la División del Norte al mando de Francisco Villa en junio de 1914, en los entresijos de la Revolución mexicana, renuevan la pretensión gubernamental de atar las endeble fibras míticas nacionalistas para granjearse respaldos multitudinarios con actos espectaculares, a la postre efímeros, como también recientemente se hiciera a nivel federal en las infructuosas fiestas del Bicentenario de la Independencia.

En momentos en que se implementan reformas constitucionales que dismantelan la vetusta edificación del Estado social y la economía pública, con afectaciones irreversibles en la vida cotidiana del común de las personas, y que en suma profundizan el proyecto contrarrevolucionario impuesto desde hace tres décadas y media, el sonoro rugir de un cañonazo de 450 millones de pesos, cantidad oficialmente destinada a tales bullicios, estremece las calles de la ciudad de Zacatecas que lucen fachadas remozadas e iluminadas para dar paso a fastuosos actos variopintos orquestados por el gobierno local, a la sazón entusiasta gestor de corporaciones mineras y maquiladoras, y devoto del discurso reformista del triunvirato metaconstitucional del “Pacto por México”.

Las remembranzas míticas de los neoliberales contravienen el posible acto pedagógico que pudiera, en otras circunstancias, poner al día las proclamas populares irresueltas por sucesivos gobiernos que recelan las gestas sociales. La conmemoración de las epopeyas insurrectas no representa un acto de contrición sino apenas una efervescente eventualidad espectacular, una puesta en escena que recrea pasajes ilustrados en monografías escolares, emplastados en efigies bronceas y recitados en cantares sin hondura histórica. En todo caso es relegada la reflexión sobre los varios retrocesos y las violaciones al programa mínimo, siempre inconcluso, de la pretendida revolución social.

¿Qué significa hoy o qué queda de la contrahecha revuelta? Para los herederos del poder, tataranietos de los jefes políticos, ahora cachorros del neoliberalismo, aquellos episodios no son más que un lúgubre fantasma, un mito, una atadura que, en definitiva, hay que disolver para poder repartir los residuos de la economía pública al empresariado prohijado en el pesebre de la revolución institucional. Los tecnócratas del gobierno han venido implementando desde las cumbres de la pirámide social un ambicioso programa ultraliberal, privatizador, a todas luces contrarrevolucionario, más tersamente conocido como neoliberal o mejor

vendido como modernizante. Al privatizar empresas públicas, infraestructuras y territorios, enajenar bienes comunes y cancelar vías de movilidad social, el bloque de poder se consolida y de su seno brotan retoños que trepadamente ocupan posiciones directivas o gerenciales en las corporaciones privadas apuntaladas políticamente, detentan curules parlamentarias y regentean puestos de la administración pública. Con el priismo renacido, los sucesores del anciano régimen en su momento motejado como nacionalista y revolucionario retoman el poder apenas cedido momentáneamente a un panismo afincado en la teología del privilegio y la prosperidad. Sin mayores distingos partidarios, emergen nuevas camadas decididamente contrarrevolucionarias que se abalanzan a la toma del poder con el respaldo de los medios de comunicación de masas y se empeñan en abrochar la hebilla del ciclo de reformas neoliberales que en su etapa culminante incluye la privatización y extranjerización de los recursos energéticos (petróleo, gas y electricidad), lo cual satisface las exigencias del imperialismo económico; además de que las reformas laboral, educativa y de telecomunicaciones conculcan algunas de las últimas amarras sindicalistas (de por sí pervertidas) y afianzan los poderes fácticos para cumplir los reclamos de la burguesía nacional empeñada en distribuirse las partes más suculentas de lo que queda del pastel.

En lugar de una pedagogía popular, una enseñanza sobre las gestas populares y una reivindicación de movimientos sociales contemporáneos comprometidos con los proyectos de transformación social, se moldea un movimiento ideológico anquilosado cuyo desvarío consiste en encubrir la realidad para justificar, naturalizar, deificar, el estado de cosas y sus jerarquías. Sin apremios históricos, los gobiernos espectaculares lo mismo festinan el arribo de capitales extractivos y falsas industrias meramente ensambladoras, que los conciertos masivos y las gestas villistas.

Ante la carencia de un fundamento ideológico, en el buen sentido de la palabra, que aporte un conjunto de ideas para la consolidación de un gobierno popular que articule las fuerzas productivas sociales en pos del cambio estructural y el bien común, pervive una política populista que pasa por alto las condiciones sistémicas de pobreza e inseguridad y se conforma con distri-

buir dádivas a la población pauperizada, a la vez que organiza espectáculos masivos para sectores medios prestos al entretenimiento fugaz. La fórmula perfecta es conjugar el asistencialismo que administra la pobreza, el entretenimiento que seduce a las multitudes y la vigilancia policial que controla y disuade a la población.

Amén del cuestionamiento al despilfarro de recursos públicos en tiempos de una aguda crisis social, por sí solos los festejos grandilocuentes entrañan una artera contradicción entre el discurso que pretende reivindicar las gestas revolucionarias, así sea mediante la asonada espectacular, y la puesta en práctica de una agenda de reformas contrarrevolucionarias que despojan de derechos y bienes a los pueblos y brindan certidumbres para el saqueo de materias primas, explotación del trabajo y transferencia de excedentes.

Un siglo después, tras bambalinas de la gran escenificación, tiene verificativo la otra, verdadera, Toma de Zacatecas por el capital corporativo. El territorio es tasado en beneficio de compañías extractivistas interesadas en sustraer la riqueza bruta del subsuelo, mineral e hídrica; la fuerza laboral es ofrendada a maquiladoras de autopartes y textiles que operan como regímenes laborales que actualizan formas de trabajo esclavo o coercitivo; los terrenos de cultivo son concedidos a especuladores y constructores que trazan proyectos inmobiliarios muy rentables que sobreofertan viviendas de mala calidad; la economía popular es arrasada para instalar cadenas comerciales y de servicios que espejean la bandera del consumismo.

Reflexionar, analizar y entender las estrategias económicas y políticas del capital y el poder en Zacatecas, además de dilucidar a profundidad las condiciones de vida y trabajo, la cultura y subjetividad de la población, son tareas de la mayor importancia. En el presente número de Observatorio del Desarrollo, investigadores universitarios se dan a la tarea de analizar múltiples problemas y alternativas del desarrollo como un intento por aportar ideas, datos e información para descifrar la complejidad del presente y las perspectivas de construir estrategias alternativas de vida, trabajo, convivencia y bien común. Esta tarea no concluye aquí, continuará en el siguiente número.